

El día 23 recibió Coligny la visita de la Reina de Navarra, enviada para consolarle por el Rey de Navarra, según unos, y enviada, según otros, por el duque de Anjou para espiarle. ¡Ay! Las guerras de religión habían pervertido de tal modo la conciencia humana, que una princesa joven, recién casada, hermosa, podía tomar para sí el cargo vil y el oficio de los espías y de los esbirros. Coligny descansaba en una palabra de Rey. Guardias reales celaban el ingreso en las calles donde padecía sus dolores el mártir. Suizos del Rey de Navarra guardaban la escalera conducente á su cámara. El gran corazón suyo latía de vez en cuando por su familia, por su esposa en cinta, por un hijo de sus entrañas, prenda que no volvería jamás á ver, por todo cuanto en el mundo había amado; y su idea, desprendiéndose del seno de su corazón, como se desprenden los aromas del cáliz de la flor, elevábase á las alturas para ver y contemplar la nueva Iglesia, por cuya causa padecía; y en la cual, según su fe y su sentir, se compenetraban y confundían la libertad del hombre con la gracia de Dios, la naturaleza humana con la divina y supra-esencial naturaleza. Entre tales pensamientos vino la noche, que debía ser en los designios divinos la última del almirante; y en aquella noche quedaron á su lado algunos suizos del Rey navarro en la escalera, y algunos amigos hugonotes en la antecámara y en la cámara un sabio como Peré y un sacerdote como Merlin; acorriendo al enfermo, el uno con los recursos de la nueva ciencia y el otro con las oraciones del nuevo Cristianismo. A las tres de la mañana, cuando el amanecer no sonreía siquiera ni la noche se iba, algunos caballeros montados en briosas cabalgaduras, congregábanse á la puerta del Louvre, alegres, en son de fiesta, para cometer el asesinato de un almirante de Francia y comenzar la matanza de San Bartolomé. Los asesinos llevaban esos nombres llamados ilustres en la vulgar superstición monárquica; llamábanse, Aumale, Montpensier, Angulema, Guisa, apellidos manchados de sangre, títulos horribles, merecedores de odio, y bajo cuya triste advocación quieren sus herederos aparecer como superiores á los demás mortales y mandar como en su propio patrimonio en las naciones. La caballería del duque de Guisa los acompañaba y custodiábanlos con cuidado los suizos del duque de Anjou, quien, al llegar á tan horrible instante, había desistido de perpetrar á propia mano el terrible crimen. Bien pronto aquellos caballeros penetraron en la calle y suspendieron el silencio de la noche con el siniestro ruido de las armas vibrando en los aires y de las herraduras rompiendo el pavimento. Los guardias del Rey abrieron franco paso y se trocaron en asesinos del almirante. Al ruido abandonó Coligny el lecho y se envolvió en una bata. El jefe de la guardia real llamó á la puerta en nombre del monarca, y uno de los caballeros que velaban al enfermo salió á recibirle. Así que abrió, los asesinos le apuñalaron en el umbral mismo de la puerta. La víctima designada comprendió todo lo que le aguardaba, y encomendó á Dios su alma, rogando al sacerdote que rezase por él en seguida el rezo de los muertos. Ambrosio Peré salió al encuentro de los asesinos; y al ver sus ojos siniestros y sus armas requeridas, volvióse á Co-

ligny para decirle que Dios le llamaba inmediatamente á su presencia. Coligny, sin concertarse por el peligro, como si no llegasen los rumores aquellos á su oído, exclamó que se hallaba preparado para todo y pidió á los circunstantes que se salvaran y corrieran para no compartir su inevitable muerte. Todos huyeron por el tejado, excepto el alemán Murs, que se quedó junto á su amigo. La puerta de la cámara, fué violentamente derribada y dos suizos del de Anjou, vestidos con sus colores, blanco, negro y verde, aparecieron á los lados custodiando los asesinos. Estos eran tres: Atlin, criado del duque de Aumale, quien le mantenía de antiguo á mesa y mantel para noches de este horror y hechos de este linaje; Blieme, adscrito á la casa de los Guisas, y recompensándolo por estos, casándolo con una hija bastarda del cardenal de Lorena; y Salaboux, gobernador del Havre cuando la dominaban hugonotes, y renegado, y como renegado, vil hasta el punto de acometer la muerte de quien fuera en otro tiempo su jefe y señor. Atlin y el renegado se detuvieron de horror quizás á sí mismos, viendo tan sereno al que iban á sacrificar tan cruelmente. Pero Blieme se hallaba tomado del vino, que se le subiera desde su estómago á su cabeza, y desde su cabeza á su conciencia. Todavía se detuvo para preguntarle quién era, como si no lo supiese, á Coligny, que contestó reconviéndole dulcemente por ir contra un enfermo y un anciano. El asesino lanzó un horrible juramento y le clavó á la víctima su puñal en el vientre. Caído entonces Coligny, al dolor de su sangre, los otros dos esbirros se cegaron á una y enfurecieron, lanzándose ávidos sobre su cuerpo, en el suelo tendido, y dirigiéndole y asestándole al acaso numerosos y tremendos golpes, sin saber dónde herían, hasta magullarlo por completo, ni más ni menos que se amagulla en las cacerías á un jabali mal rendido. El primero á herirle tenía tal aire, que avergonzado de acabar en semejantes manos, exclamó, que siempre creyera morir violentamente, pero á los golpes de un hombre y no de tan risible monstruo. Repitiéronse las heridas á cientos y magullaron la carne del almirante como se magulla la carne de un buey ó de un cerdo en vulgar canicería. Mientras tanto, los caballeros de antigua estirpe, los príncipes de regia sangre, más ó menos bastarda, los señores de Francia más ó menos soberanos, reían y bromeaban, pie á tierra, esperando la conclusión del sacrificio, con las riendas áureas de sus cabalgaduras en las manos y los ojos fijos en las ventanas. El terrible acto duraba por tal tiempo y los golpes menudeaban con tanto estruendo, que no parecía cobarde asesinato perpetrado por tres en uno, parecía porfiadísimo combate. Por fin, los príncipes gritaron á los asesinos que se apresuraran, y como éstos dijieran haber concluido, conjuráronles á dar del hecho una clara muestra. Entonces los asesinos cogieron el cuerpo y lo arrojaron por la ventana. El asesinato se había hecho tan mal que respiraba todavía el pobre Coligny. En las ansias de su instante último, y en los indeliterados movimientos posteriores de su vida, se agarró á un barrote de la ventana, hasta que, rendido por la fatalidad, cayó aplastado sobre las losas del patio. Entonces Guisa le dijo á su cofrade Angu-



lema, que se cerciorase de ser Coligny el muerto. Angulema se inclinó sobre aquel inanimado tronco, y no pudo reconocerlo, porque los golpes le habían desfigurado, trayéndole á la cara mucha sangre. El bastardo sacó entonces un pañuelo, y quitando las coagulaciones sangrientas del amoratado rostro, reconociólo; y al reconocerlo, sólo se le ocurrió dar un puntapié al muerto, cuando quizá no le mirara frente á frente si estuviera vivo. Guisa, dió á su vez otro puntapié al enemigo de su familia, y las muchedumbres, tan terribles como los perros y los cuervos en los campos de batalla, troncharon sus miembros y se repartieron sus despojos. Las manos que habían llevado la espada del combate allá en tantas señaladas victorias; los hombres que habían sostenido la nueva Iglesia, donde se albergaba el espíritu de la rejuvenecida fe cristiana, fueron objeto de horribles profanaciones. Un tal Petrucci, criado del duque de Nevers, cortó la cabeza y se la envió á la Reina, quien la recibió con agradecimiento y la embalsamó con cuidado, para después remitírsela por un correo, al cardenal de Lorena, á la sazón habitante en Roma. Así murió el almirante Coligny. Consumado su sacrificio, la campana de San Germán de los Reyes, pudo tocar á rebato y á degüello.

¡Qué mañana! En aquella hora del amanecer, cuando la luz inmaculada por los bordes tranquilos del horizonte alboreaba; cuando los pajarillos se decían sus amores en coros sobre los árboles cargados de rocío; el palacio de los Reyes, templo del Estado, seguro del derecho, erigido en defensa de los pueblos, vomita sentencias anónimas de muerte contra los vasallos descuidados, mientras el bronce de las iglesias, agitando las lenguas forjadas para pedirle sus ideales al cielo y enviarle los rezos de la tierra, se trueca en pregón de una matanza; y un pueblo, ebrio y fuera de sí, movido por las alevés manos de sus pérfidos y perversos príncipes, degüella sin piedad á niños de pecho y á mujeres en cinta, cuyo vientre sagrado lleva las esperanzas y las promesas de perpetuidad para nuestra especie; inmola bárbaramente á jóvenes y ancianos sorprendidos á mansalva en sus hogares, en sus lechos, en sus faenas, rodeados de sus familias; produciendo una catástrofe mayor que la toma de Jerusalén ó la muerte de Pompeya ó el suicidio de Numancia, pues al fulgor siniestro de las teas, al chispear de los puñales, al correr de la sangre hirviente, al resollar de los moribundos, entre los gritos y los aullidos de aquel sacrificio, entre los suspiros y resuellos de las terribles agonías, entre los rechinamientos de dientes, entre las convulsiones de tanto crimen, creen la conciencia y la Historia no habérselas con hombres, sino con una carnífera especie demente y suicida, del infierno abortido, anatematizada por el cielo, y eterna deshonra de nuestra naturaleza y de nuestro nombre.

La matanza empieza por el palacio mismo de los reyes. Carlos IX había recibido bajo su techo á innumerables caballeros calvinistas recomendados por Coligny, así como á toda la servidumbre del Rey de Navarra. Huéspedes, según las leyes inolvidables del culto caballeresco, debían aparecer á los ojos de la hospitalidad antigua inviolables y sagrados

como dioses. Ninguno había de ser exceptuado, ni aunque se hallase protegido por la sombra de una corona en el santuario de un palacio. La hija predilecta de la Reina, su Abargot, como la llamaban familiarmente, había sido entregada, sin advertencias ni prevenciones, á los azares de un degüello. Su madre la vió partirse al aposento de su hugonote como el Rey de Navarra, señalado por los exterminadores á la muerte, y no le dió ni siquiera un aviso indirecto. Asistió Margarita, según ella misma escribe, en la alcoba de la madre, á su tocado poco antes de meterse ésta en su cama; y la despidió sin dar muestra ninguna de recelo y temor á lo que podía sucederle. Su hermana, la duquesa de Lorena, como perteneciente á los Guisas por sus enlaces, industriada en la horrible trama, detenía con grandes instancias á la Reina de Navarra y la conjuraba sollozando á no alejarse del lado de su madre. Pero Catalina se irritó mucho por estas advertencias de la Lorena, temiendo que fueran revelaciones para la esposa de un príncipe hugonote; y le ordenó con empeño que se fuese á dormir sin tardanza. La duquesa de Lorena reconvino en algunas palabras supremas á su madre por sacrificar así, de tan implacable modo, movida de frías razones políticas á un pedazo de sus mismas entrañas. Catalina impuso con ira silencio á la duquesa de Lorena y despidió sin emoción á la Reina de Navarra. Salió ésta, pues, de la cámara de su madre con el entendimiento lleno de confusiones y el corazón transido de miedo. No había para menos. El Rey estaba en su tálamo, pero circuido de cuarenta hugonotes. los cuales no hablaban de otra cosa más que de las noticias recibidas en aquellas angustiosas horas. El emisario; nuncio de la muerte de Coligny, llegó minutos después de haberse todo consumado, y cuando todavía era de noche. Enrique prometió á los suyos que pediría justicia implacable al Rey contra los asesinos en cuanto el Rey se levantase; y dejó la cama por no poder de modo alguno dormir en la inquietud y en la zozobra. Mas con la natural y congénita ligereza de los caballeros de aquel extraño siglo; para esperar á que se levantara el Monarca, se le ocurrió entretener el tiempo jugando á la pelota. Y en efecto, salió con sus cuarenta hugonotes para el real trinquete. Margarita, rendida de cansancio, se metió, al verse ya sola, en la cama, y rogó á su camarera que cerrase bien las ventanas para conciliar el sueño de que sentía mucha necesidad como abrumada por las emociones y por los desvelos. Cerráronse bien las maderas, corriéronse las cortinas, á fin de que la luz del día no impidiese á la princesa el reposo; y Margarita entró en la cama y cayó en profundísimo sueño. No había trascurrido una hora en tal estado, cuando llaman á la puerta de su cuarto con voz plañidera y angustiosos golpes. La dama de honor abrió creyendo que fuera el Rey perseguido y acosado. Era un gentil-hombre hugonote, á quien golpeaban y herían cuatro arqueos católicos, los cuales habíanle atravesado un hombro y roto un brazo con sus siniestras alabardas. El herido se lanzó á la cama y cogió á la princesa como si cogiera un escudo interponiéndolo para su salvaguardia y custodia entre las armas asesinas y el propio cuerpo. La Reina saltó de la cama, esquivándose á los brazos



y asesimientos de aquel hombre, sin saber ni lo que se hacía, ni si los arqueros le asestaban los golpes á él ó se los asestaban á ella. Lo cierto es que ambos, enloquecidos y fuera de sí por el terror, gritaban á porfía, se apoyaban uno en otro sin saber cómo ni por qué, y pedían socorro como dos náufragos, próximos á hundirse sin remedio en los espirales de una tromba. Por fortuna conoció el capitán de guardias Eausay á la Reina por su voz, y entró á tiempo de salvarla por milagro de los golpes asestados sin deliberación ni conciencia con sus agudas alabardas por los terribles arqueros. Margarita encerró al gentil-hombre perseguido en su gabinete, y mudándose la camisa empapada en sangre, ciñéndose de pronto la cubierta misma de su cama, lanzóse medio desnuda, en busca del cuarto de la duquesa de Lorena, como refugio más seguro contra los perseguidores. Al llegar á la puerta un caballero hugonote caía, por las alabardas de los arqueros atravesado, lanzando una horrible maldición al despedir el postrimer suspiro. Margarita cayó desmayada junto á su cuerpo, tan exánime como aquel mismo cadáver.

Recogida del suelo, y encerrada en el cuarto de la duquesa, preguntó al volver en sí, por la suerte de su esposo. Nada tenía que temer: el Rey, bajo llave, lo guardó en sus propios aposentos. A las primeras deliberaciones pensaron los conspiradores matarlo; y ya lo habían así resuelto. Pero luego, á instancias del duque de Nevers, lo exceptuaron, creyendo sin duda su existencia indispensable para contrastar el poder inmenso adquirido por los Guisas en la tragedia reciente. Cuentan algunos que al presentarse Navarra y Condé ante Carlos, este les había dicho: «ó la muerte ó la misa». Pero debió desistir de tamaño dilema viendo el poco caso que ambos príncipes hacían de todas las religiones y de todas las creencias. El Rey de Navarra pasó la matanza de sus correligionarios encerrado con el verdugo regio que no perdonó á nadie. El degüello se organizó en el palacio á guisa de una montería. Carlos IX, tan cazador de suyo, sintió, como una fiera, placer inenarrable, infinito, sumo, en la caza de hombres. Los arqueros eran los ojeadores. Inquirían por todos los rincones del palacio la presencia de un calvinista; y en cuanto lo atisbaban, perseguíanlo de muerte, para que huyese por la escalera ó saltase por las ventanas. Los acosados hacíanlo así en su angustia; y por los patios y por los escalones todos estaban los guardias del Rey armados y apercebidos para degollarlos. A un gascón que preguntara por qué tanto estruendo, le metieron la espada por el estómago y se la sacaron por los riñones. Pardeillan, el más valeroso de los valerosos, el mayor guerrero entre los guerreros del tiempo, fué atormentado por sus enemigos en cien combates, sacándole poco á poco la sangre de las venas y concluyéndole por debilidad y por desmayo, aunque pedía con voces atronadoras una muerte rápida y violenta. El mismo maestro del Rey de Navarra fué cogido por pies y manos con cuerdas y degollado como un cerdo. Piles, otro gentil-hombre, cayó exánime sobre un montón de muertos, entre los cuales algunos palpitaban aún á los estertores horribles de la postrer agonía. Cuatro fueron los jefes materiales de la matanza; el duque de Guisa,

el duque de Montpensier, el duque de Nevers, y el señor de Tavanne, representante del príncipe de Anjou. Rojo de pelo éste como el Judas tradicional de la liturgia, salvaje de costumbres, feroz de complexión, más cruel cuantas más víctimas la universal crueldad iba inmolando, gritaba con sarcasmo á los asesinos que sangrasen mucho, pues la sangría era tan saludable á los hombres en Agosto como en Mayo. Imaginaos un carnicero brutal á quien le hubieren confiado el degüello de innumerables reses, tal apareció este horrible Tavannes con su sed hidrópica y nunca satisfecha de sangre. Nevers, como buen italiano, mató, más que por sentimiento de crueldad ó por satisfacciones de venganzas y desquites, por fría razón de Estado. En los comienzos del degüello quiso huir á la tremenda responsabilidad y encargarse de matar en los alrededores de París á los fugitivos y á los dispersos para que ni uno solo pudiera evadirse al exterminio. No le consintieron tal salida. Guisa mostró, aunque joven, la frialdad de un viejo y el descaro de un cínico. Sus bárbaras frases resultan en la Historia tan crueles y tan repugnantes como sus bárbaros crímenes. Montpensier, cruel devoto, se persignaba cada vez que cometía un asesinato, y rezaba, no como Cristo, por los que le herían, no, por aquellos mismos á quienes degollaba, creyendo excusar su barbarie con interceder por las víctimas con la Divina misericordia. Mr. de Rochefoucauld, al ver á sus verdugos, pidió que le trataran dulcemente; y se murió con la risa en los labios y como retozándole un gran regocijo en el cuerpo satisfecho de no sobrevivir á día tan terrible. Seis máscaras lo mataron, y fué al degüello como pudiera ir á un baile carnavalesco. Teligny, yerno del almirante, era uno de los amigos predilectos del Rey. Buscábanlo para salvarlo varios católicos, pero Anjo se adelantó á su piedad y mandó dispararle un tiro, cuando corría para ponerse pronto en salvo por el alero de un tejado. Los calvinistas habitadores del barrio de San Gernán, apenas podían creer á sus propios ojos, y dudaban de que un Monarca tan obligado por la palabra real á su defensa, los mandase matar sin piedad y sin tardanza. Corrieron en procesión hacia el Louvre y tomaron lanchas para pasar el río. ¿Cuál no sería el asombro de estas gentes, cuando se vieron cazados por la guardia misma de palacio? Entonces, en tal incidente de tragedia fué cuando Carlos IX pidió un arcabuz, se lo puso al ojo, y disparó contra sus vasallos.

Precisa leer este relato de la noche horrorosa en Michelet, el gran dramático de la Historia. No hay tragedia de Shakespeare que conmueva como esta tragedia: «El papel inanimado, dice, concluiría por llorar, si escribiésemos todo cuanto sucedió en aquella ocasión horrible.» Un platero, llamado Bruce, mató con su propia mano cuatrocientos hugonotes, como si fueran moscas. El terror de tal infamia le sobrecogió en términos, que no pudiendo huir de sí, huyó del mundo; hizose penitente y eremita. Pero como cierto día pasase por aquel desierto un mercader y durmiese bajo el techo de su choza, los instintos carniceros le dominaron nuevamente y lo asesinó. El frío desdén á la vida humana, la criminal